

¿No veis allá bajo sobre dos líneas de hierro á esos dos hombres que, mas impetuosos que dos águilas, se precipitan el uno hácia el otro, conducidos por sus carros ardientes?... Vosotros diriais al verlos, que gobiernan la materia: *no*; la materia es la que los gobierna y los arrastra con una tiranía que ellos no pueden ya vencer. Sobrecogidos de terror, esos dos hombres quisieran huir el uno del otro; pero *imposible!* ¿Qué es lo que han hecho? Olvidarse: es demasiado tarde; su libertad es impotente; así lo quiere la materia. Ambos se encontrarán, pero para hacerse pedazos el uno contra el otro, con sus carros hechos astillas, y sufrir juntos con la multitud encadenada á su desgracia, el imperio sangriento de la fatalidad triunfante.

Esta catástrofe posible y muy á menudo real, no es mas, si así lo queréis, que un término de comparacion; pero es un punto de partida; y desde allí podeis medir de antemano el peligro que se prepara el hombre agrandando alrededor de sí el imperio de la fuerza material, y preguntaros con un justo horror: ¿qué sucederá si el hombre, despues de haber desplegado alrededor de sí las fuerzas de la materia en proporciones que ni siquiera podemos imaginar, llega algun dia á hacerlas servir contra los mismos hombres?...

Si se pregunta qué motivos hay de temer que llegue el hombre con el tiempo á abusar de las fuerzas materiales hasta poner en peligro la vida de los mismos hombres, el orador indica algunos, cuales son: la ignorancia, que se halla algunas veces hasta en la ciencia triunfante; la curiosidad sin límites, que puede acabar con nuestras fuerzas al mismo tiempo que se ocupa en inquirir hasta donde llegan; la vanidad desmedida, efecto de la misma ciencia; no olvidando el principal, que segun él, es el abuso muy posible del poder material por medio de la libertad, cuando la sociedad se hallase destituida de todo progreso moral. Despues prosigue:

Pero, yo os oigo decir: la humanidad será prudente, no será presumida, no será temeraria: ella caminará con paso prudente por los bordes de los volcanes, sin bajar al fondo de sus cráteres á buscar secretos que puedan matarla. No tengo ninguna dificultad en concederlo: el hombre no será mas que hábil, conocerá las fuerzas de la naturaleza, y no se equivocará en cuanto al grado de su poder... Pero otra cuestion se presenta: conociendo sin equivocarse, las fuerzas de la naturaleza y sus relaciones mútuas, y pudiendo computar con un cálculo exacto sus efectos naturales; ¿querrá el hombre abusar de ellas? Y si abusa ¿qué sucederá?

En vano, señores, quisiera nuestra ciega seguridad apartar esta cues-

tion, cuando á pesar nuestro se presenta ella misma con una viva realidad. Cuando la industria haya creado para el hombre esos recursos que al presente no conoce aun, pero que ya conjetura sin conocerlos; cuando los velos misteriosos, que nos impiden ver, hayan caido ante las miradas de vuestros hijos, admirados á su vez de la ignorancia de sus padres; entónces los hombres que habrán visto lo que nuestros ojos no ven, los hombres que habrán sabido lo que nosotros no sabemos, los hombres que habrán tocado lo que nosotros no tocamos, los hombres en fin, que habrán puesto sus manos sobre tantos resortes ignorados de vuestro ingenio, ¿no se precipitarán acaso hacia su decadencia y su ruina, á impulsos de su mismo poder? Fuertes para destruir como para crear, tan poderosos para matar como para salvar, ¿no se quitarán la vida ellos mismos, matándose y asesinándose con una crueldad inaudita? *Tal vez*; y ese tal vez de la decadencia, ese tal vez de la ruina dependerá de una sola cosa; á saber: *el uso legítimo ó el abuso de la libertad humana.*

Sí, Señores: si el hombre algun dia, si el hombre de la historia futura, mejor que el Júpiter de la fábula, habiendo armado sus manos con todos esos rayos de la naturaleza, quiere volverlos contra la humanidad misma (esto está escrito de antemano en el libro de lo venidero), el mundo verá catástrofes de qué ni siquiera tenemos idea.

En efecto, lo que podrán hombres perversos, tomando en sus manos, junto con los resortes de los Estados, el vapor, el telégrafo, la electricidad y todas las invenciones que estas nos preparan, nadie puede decirlo, porque nadie puede saberlo. ¿Qué tiene que ver Babilonia, sorprendida por Ciro, y degollada en su embriaguez? ¿Qué esas dinastías, precipitadas en pocas horas? ¿Qué esas revoluciones concluidas en tres dias? Esto lo han visto los siglos, y lo hemos visto nosotros mismos. Pero lo que jamas se ha visto, es lo que las edades futuras podrán ver: pueblos enteros reducidos á la nada en pocos dias. Si, Señores, si la humanidad en masa, con las fuerzas incalculables que la industria le suministra, llega á abusar de su libertad, el mundo podrá ver lo que jamas ha visto: naciones asesinadas por unos cuantos civilizados, armados de las fuerzas de la naturaleza.

Leibnitz ha dicho en cierta parte: « Un mal europeo es peor que un salvaje: él refina en el mal. » Y tambien es mas terrible, porque

con todas las fuerzas de la civilizacion, multiplica el poder de hacer daño. El hombre, en posesion de todo lo que el mundo moderno designa con este nombre *civilizacion*, si no tiene una cultura moral proporcionada á los instrumentos de destruccion que le ha creado la industria, es todavía un salvage; y tanto mas formidable, cuanto que sin freno contra el crimen, sin respeto para el deber, y sin amor para con los hombres, maneja con destreza los grandes resortes de la materia... El salvage, que nada posee de los recursos de la industria y de las armas de la civilizacion, no es mas que un niño, y sin embargo, es ya un niño terrible: con su macana en la mano, puede matar á un hombre. Ahora bien, procuradle el progreso material sin procurarle el progreso moral: haced que la industria vaya á armar su brazo, sin que la educacion haya castigado sus costumbres: dejad su alma sin obediencia, sin respeto, sin amor, sin religion, sin virtud; pero en desquite armad su cuerpo de pies á cabeza; á su macana añadid el puñal, y la lanza y el machete, y el fusil, y el cañon: todavía no es bastante: dadle el vapor, la electricidad, el telégrafo y todas las fuerzas de la industria; haced que aprenda de los grandes maestros de la civilizacion material, el arte de servirse de ellas con habilidad y de matar en grande: ¡á pesar de ello ese hombre es todavía un salvage! Pero, ¡Dios mio! ¡qué salvage! capaz no solo de matar á un hombre, sino de matar á un pueblo! La industria le ha dado un poder, que ignoran por fortuna los hijos del desierto; y él puede, salvage como es, y niño cien veces terrible, hacer mortandades, que los antropófagos son incapaces de realizar en sus soledades desarmados.

¡Ah! la industria, Señores, sin cultura moral, la industria sin virtudes, con todos sus aparejos, con todas sus máquinas, con todos sus resortes, ferrocarriles, hilos eléctricos, navíos alados y todos sus carros de fuego; en una palabra, con todas sus fuerzas formidables, ¿quereis saber que cosa es?... Yo lo diré sin rodeos y sin miedo: es la *macana* de la civilizacion!

Pero, ¿este abuso de la fuerza material tendrá lugar? Se verificará á lo ménos en la proporcion que se requiere para consumir, por medio de los instrumentos de la civilizacion, la ruina de la civilizacion? Yo lo ignoro.... Pero ahí está una ley del órden moral, que nada en el mundo puede alterar, y cuyo cumplimiento no podeis vosotros im-

pedir. Cuando la humanidad colectiva se halla corrompida, semejante á un hombre malvado, abusa de las fuerzas que Dios pone en sus manos; y los desastres, que de ahí resultan, son en proporcion de las fuerzas de qué abusa.

Si, pues, no se hace cuanto ántes y en grande escala una reforma moral en el mundo industrial, digo que un poco mas tarde ó un poco mas temprano, debe haber contra la humanidad misma, un desarrollo formidable de las fuerzas de la industria caidas en manos de los malvados que se habrán hecho los mas fuertes. Este efecto, que debe resultar del uso de la libertad humana, *supuesta la universal corrupcion de los hombres*, es mas infalible y mas inevitable que un fenómeno del mundo material, supuestas las leyes de la naturaleza física.

Es pues evidente, que *sin el progreso moral*, la industria nos empuja á un abismo donde serémos precipitados. Si vosotros no lo comprendieseis así, yo no tendría Señores, nada mas que deciros. Despues de haber advertido como Isaías, y amenazado como Ezequiel, no me quedaría mas que llorar como Jeremías sobre vuestras infalibles desgracias! Tal es la situacion, que los hombres y las cosas nos han hecho: ó una reforma moral de la industria por medio del cristianismo, ó una ruina de la sociedad por medio de la industria: ó una transformacion industrial, ó una catástrofe social: no hay mas para escoger. Por mucho que me esfuerze en buscar un medio entre ese refugio que está á la derecha, y ese abismo que se halla á la izquierda, ni siquiera puedo imaginarlo.

Hay sabios en el mundo, que no serán de esta opinion, ni participarán de nuestra alarma. Ellos continuarán profesando sobre el movimiento industrial esta máxima perversa y antisocial: *todo para los cuerpos, nada para las almas; todo para el goce, nada para la virtud*: ellos continuarán mirando el cuerpo del pueblo obrero, como un instrumento de fortuna, su alma como un soplo de mas, en la vela de su prosperidad, su vida entera como una mina viva de oro que conviene explotar hasta la última partícula, para dejarla despues, despojada de sus tesoros, como aquellas minas de California abandonadas por los egoistas saciados. Esos tales no pueden entender ni comprender el mal, sino cuando descende á las calles, abrasando el empedrado con sus

pies ardientes, y estremeciendo con sus golpes los almacenes y los talleres, en donde su industria, sin virtud y sin Dios, opera para la sola gloria de su fortuna y el solo triunfo de su egoísmo.... Esos tales hallarán que esta palabra no les conviene y que importuna su prosperidad, y dirán tal vez en su ciega fortuna : *¿Qué quiere ese hombre con sus profecías?* ¡ Ah! si esos hombres estuvieran aquí, yo les gritaría del fondo de mis entrañas conmovidas : hermanos míos, yo quiero salvaros, no solo con respecto á la eternidad, sino tambien con respecto al tiempo : yo quiero salvaros, á vosotros, á vuestras familias, vuestros bienes, vuestra fortuna. En verdad os digo : si no se hace una trasformacion profunda en vosotros y en las almas que dependen de vosotros, seréis sepultados en el triunfo de vuestra fortuna. ¡ O prudentes del siglo, ó afortunados del mundo, ha llegado la hora de convertirlos, y por consiguiente de hacer penitencia, penitencia de vuestros largos olvidos, penitencia de vuestro menosprecio de la ley moral ! Si no haceis esta penitencia que el mundo está aguardando, y que será al mismo tiempo el indicio y la causa de la conversion del pueblo, en verdad os digo, que todos moriréis : *Nisi pœnitentiam egeritis, omnes simul peribitis*. Si vosotros no reformais vuestra industria, vuestra industria os aplastará, semejantes á aquellos hombres sorprendidos y molidos por la torre de Siloe. La ruina os cogerá, de sorpresa sobre esta ruta fatal, en la que, lejos de la virtud y de Dios, perseguís el goce indefinido. Así pues os diré con uno de los antiguos : « Esos bienes que teneis en estima, esos « ídolos que abrazais, sea el que fuere su valor, si quereis conservarlos, « despertaos por fin : *si ea, quœcumque sint, quæ amplexamini, re-* « *tinere vultis, expergiscimini tandem.* » O mas bien os diré con la fuerte voz de un profeta . « ¡ O vosotros, que dormís el sueño de « vuestra embriaguez y de vuestra prosperidad : mirad que os hallais « sobre un abismo ; si no quereis caer en él, despertaos, hombres em- « briagados : *expergiscimini ebrü!* »

¡ Ah! tal es, Señores, la ceguedad del egoísmo, que ni siquiera escucha la razon del interes que es su suprema razon. Pero yo hablo á aquellos que quieren escuchar la verdad y la verdad entera. Yo hablo á los que comprenden la razon del sacrificio, yo hablo á los que anteponen el honor de nuestra raza, la dignidad de nuestra alma, la salvacion de la sociedad, y el verdadero progreso de la humanidad, á su for-

tuna, á su riqueza, á su goce. Yo hablo á vosotros, Señores, cuya simpatía nunca ha faltado á mi palabra, que no ambiciona lisongearos, sino salvaros. Y al concluir, os digo estas palabras de uno de nuestros mas ilustres prelados : *Acordaos, que un nudo indisoluble enlaza el mundo material al mundo moral.* No olvideis, que si rodages de hierro, de cobre, ó de acero, pueden, para el bienestar de los hombres, hacer andar nuestras máquinas, dóciles bajo la mano de vuestro ingenio ; la sociedad humana no anda, no, apoyada sobre máquinas, sino sobre virtudes ; y que sin el cumplimiento de la ley moral y la fidelidad á Dios, nada puede impedir que el talento del hombre con su maquinaria, no destruya completamente, tarde ó temprano, toda la sociedad humana.

¡ Ah! en vista de este peligro, mucho mas grave que una invasion de bárbaros, ¿ quien de vosotros no consentirá en hacer sacrificios, hasta los mayores sacrificios, para reformar la industria, esa grande amenaza de barbarie ? Vosotros sobre todo, que con los instrumentos del trabajo teneis en vuestras manos el alma y el corazon del pueblo trabajador, ¡ ah! haced una liga santa para obtener que el trabajo industrial sea en adelante, no la depravacion y la decadencia, sino la perfeccion y el progreso de las almas y de los corazones. Haced, *que la industria, que tambien nació para el progreso del mundo,* camine con vosotros y por vosotros, hácia el término final de todo progreso, es decir hácia Dios, quien no creó la industria para el hombre, sino que ha creado para sí mismo, al hombre y á la industria.